

se demuestra en esta novela, la «seducción intelectual» —cuando la hay— es seguida inexorablemente por la seducción por el crimen.

En realidad, en el caso de Harlot (cuyo nombre da título a la obra), de Kittredge (presente fundamentalmente por las cartas que le escribe a Harry Hubbard y que sirven en gran parte como hilo conductor de la narración) y de este último —el personaje central—, más que de objetos de una «seducción intelectual», convendría hablar de intelectuales seducidos», integrantes selectos de un engranaje formado por los quince mil empleados, mecanógrafos, expertos, analistas y programadores, todo ese tonelaje humano que constituía el noventa por ciento del personal de la CIA y que es tan convencional como la gente del Pentágono» [ ... ], las buenas personas de la Compañía que asistían a la iglesia los domingos, leían el *National Review* y creían que éramos los puros de la tierra».

En efecto, Harlot, Kittredge y Harry (más el padre de este último, Cal, también de la Agencia) provienen de las más selectas capas universitarias norteamericanas, aman la buena literatura, lloran la muerte de Hemingway y de Faulkner (el núcleo del relato se sitúa entre los años 55 y 65), se permiten sugerir pretextos «cultos» para despistar a un manda-

más de la CIA «desprovisto de cultura» («Di que leías a Lautréamont, preparándote para acceder a Joyce»), dicen de otro Gran Jefe de la Compañía y su mujer que «cayeron sobre nosotros como Francis y Zelda Scott Fitzgerald» (en alusión a la gran cantidad de maletas con la que la famosa pareja literaria emprendía sus viajes), o, para matizar la declaración de Kittredge citada al principio, esta vez con la voz propia del narrador, Harry Hubbard, que recuerda a Chejov: «No conocía el comienzo de lo que estaba haciendo, ni conocería el final. El trabajo de Inteligencia no parecía ser un teatro, sino la negación de un teatro. Chejov dijo una vez que si el autor incluía una escopeta sobre el hogar en el primer acto, esa escopeta debería ser disparada antes del último. Para mí esa esperanza no existía».

Y es que la CIA no sólo recluta, como en el caso de la ofensiva militar contra Cuba (quinta parte del libro, «La bahía de Cochinos: mayo de 1960-abril de 1961: Miami»), «cotillas, estudiantes idealistas, criminales de poca monta, chulos sin éxito, hombres de negocios marginales, nuevos comerciantes cubanos, barqueros de todo tipo, exiliados que esperaban ser embarcados para su adiestramiento, ex soldados del Ejército cubano y cubanos-estadounidenses del Ejército de los Estados Uni-

dos, además de una superestructura, si así podría llamársela, de periodistas, abogados, respetables hombres de negocios y revolucionarios de carrera, todos ellos cubanos...», sino también lumbreras del tipo de Harlot, casi un filósofo, con cuyo enigma (¿se suicidó, lo asesinaron, se pasó al «otro bando»?) se abre el libro, y con cuya resolución se cierra, aunque en un plano hipotético, ambiguo, que obliga al narrador a escribir la palabra «Continuará» en lugar del clásico «Fin».

Tal ambigüedad –más toda la pléyade de reflexiones acerca de la sexualidad, el amor, la muerte, el asesinato, la traición, el fraude, la fascinación del Mal y, obviamente, el autoasumido papel de los EE.UU. en cuanto «salvadores del mundo»– marca debidamente la diferencia con las novelas de espionaje al uso, sobre todo las de Ian Fleming, como el propio autor, de un modo ingenioso e irónico a la vez, se encarga de decirnos, al hacer que William Harvey (personaje histórico de la CIA, con un papel relevante tanto en la Alemania de la posguerra como en la fallida invasión de la bahía de Cochinos) imite en las páginas finales, y como una especie de «conclusión», al Fidel Castro del que ha sido y es enemigo visceral. Declara «Harvey-Fidel»:

«Sí, puedo perdonaros vuestros intentos de asesinato, pero es-

toy obligado a deciros que, desde nuestro punto de vista cubano, el espíritu americano es grotesco. Rociáis un estudio de radio con LSD con la esperanza de que yo lo inhale y aparezca ridículo ante mi pueblo; planeáis colocar bacilos de tuberculosis en mi traje de submarinismo, se habla, incluso, de cigarros envenenados y de conchas explosivas. ¿Quién fue el progenitor de tales ideas? Amigos míos, he descubierto la fuente de tales inspiraciones. Provenían de un personaje literario británico: James Bond. Sentí curiosidad por este agente James Bond, que parecía el estúpido impostor de un verdadero hombre de acción. Hice algunas averiguaciones en nuestra excelente universidad de La Habana, sobre el carácter del autor de James Bond, y descubrí que este caballero, Ian Fleming, es un tenorio asmático y extenuado con un soplo al corazón y su virilidad agotada. Vuestras leyendas americanas son obra de hombres así».

Norman Mailer no es, desde luego, y por suerte para la literatura, Ian Fleming, y su elección del «punto de vista» de las élites de la CIA (entremezclando en un sabio cóctel las reales, las históricas, con las de ficción) para contarnos los entresijos, laberintos y tortuosidades de la propia CIA, permite que la «novela de acción» discorra paralelamente a la «novela reflexiva» (o, mejor dicho,

de «autorreflexión»), donde un puñado de personajes con poder de decisión –violentos y clandestinos–, sobre la vida y la muerte de incontables personas y sobre el «curso del mundo» (ejemplo recordado un par de veces en el libro: trescientos hombres adiestrados por la Agencia bastaron para acabar, en 1954, con el gobierno legítimo de Jacobo Arbenz en Guatemala) aparecen, como en un drama de Shakespeare, con la misma carga y densidad humanas de quienes podrían ser las más extraordinarias de sus víctimas.

Esta misma dimensión «humana» es la que nos acerca a la CIA de una manera radicalmente distinta a como podría hacerlo una novela de espionaje típica (a lo Ian Fleming, quizá) o una novela que sólo procurara denunciar su naturaleza pérfida y sus actuaciones siniestras. No era éste el propósito de Mailer, ni éste es su resultado. Por el contrario, se trataba de descubrir cómo unos hombres «normales», y a veces incluso «humanos, demasiado humanos», llegan a comprometerse íntegramente –y, de paso, sin que su «integridad» moral sufra por ello– con una organización entre cuyos fines se encuentran el sabotaje, las «acciones encubiertas», el crimen de Estado. No en vano, en una «Nota del autor» que cierra el libro se explica que «*El fantasma de Harlot*, después de todo,

es el producto de una imaginación veterana que ha meditado acerca de la ambigua y fascinante presencia moral de la Agencia en nuestra vida durante las últimas cuatro décadas» (Mailer empezó a componer este texto en 1984 y el original inglés se publicó en 1991). Y la «ambigüedad» y la «fascinación» son tan grandes, y la sociedad norteamericana está tan impregnada por este auténtico ejército de y en las sombras, que –como agrega más adelante–, «por mi parte, no me habría resultado imposible pasar mi vida en la CIA, de haber tenido antecedentes diferentes y una inclinación política diferente».

Ahora bien, ¿cuáles son los fundamentos que explican el hecho de que un brillante estudiante de Yale, aspirante a escritor por lo demás, culto, refinado, crítico y «moral» (es decir, nuestro personaje clave y pródigo «narrador», Harry Hubbard), más allá de un indiscutible sometimiento al padre, alto funcionario de la Agencia (el ya mencionado Cal), decida con plena conciencia y férrea voluntad seguir la línea «profesional» paterna, iniciada en el servicio de Inteligencia (OSS, Oficina de Servicios Especiales) que precedió a la CIA de Allen W. Dulles durante los años de la Segunda Guerra Mundial? Tomadas al azar, he aquí algunas de las muchas respuestas posibles, desperdigadas a

lo largo de las casi mil trescientas páginas de este libro —con esto ya está dicho— de ambición «monumental»:

«Unirme a la CIA me daría las aventuras necesarias para escribir buena ficción». «Estaba enamorado de la CIA. Allen Dulles [su primer director] era mi presidente y durante los inviernos en Yale meditaba acerca de la inminente decadencia de Occidente y de los modos de evitarla». «Lo que quiero decir es que, si bien soy una persona moral, estoy dispuesto a participar en actividades en las que puedo llegar a ser enjuiciado en mi propio país o, si fuese necesario, a morir por él». «La CIA no era simplemente esos largos edificios como cobertizos [cuando aún no se había dispuesto el traslado, en 1961, desde Washington, en el Estanque de los Espejos, al cuartel general de Langley, en Virginia], ni los olores desagradables de personas amontonadas en despachos diminutos, ni inquisidores que miraban de soslayo y ajustaban cinturones e instrumentos en el cuerpo de sus víctimas. No, la CIA era también la agencia de los elegantes, reunidos secretamente para librar una batalla tan noble que uno podía, y debía, caminar penosamente sobre barro y al borde de los abismos». «Que un personaje tan famoso como Adlai Stevenson [embajador de los EE.UU. ante la ONU en la época

de la frustrada invasión de la Bahía de Cochinos, abril 1961] esté dispuesto a mentir por la Agencia hace que me sienta extraña e inesperadamente importante, triste y alegre a la vez. Es como si también él fuese parte de la maldad trascendental que participa del bien porque su finalidad es que triunfe la justicia».

Todo esto, ¿por qué no?, podría expresarse también, más o menos, a través del siguiente diálogo, resumen, seguramente, de la paradoja esencial que late detrás de cada verdadero «soldado» de la CIA:

«—¿Ha leído a Kierkegaard? — le pregunté.

—Por supuesto.

—Lo que aprendo de él —dije— es la modestia. Resulta imposible conocer el valor moral de nuestras acciones. Podemos pensar que somos santos en el momento exacto en que estamos trabajando para el demonio. A la inversa, podemos sentirnos impíos y sin embargo estar sirviendo a Dios.»

**Ricardo Dessau**